

*Para mis padres, que nunca han dudado de que yo fuera
capaz de conseguir cualquier tipo de sueño.*

«¿Sabes cuál es el problema de este mundo?
Todos quieren soluciones mágicas, pero se niegan a
creer en la magia».
Alicia en el país de las maravillas, Lewis Carroll (1865)



Odio noviembre. Me parece un mes gris y melancólico. Y encima, hace frío. También odio el frío.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta mi madre.

Me toco la cara, que me duele un poco; debe de ser de tener tanto rato el ceño fruncido. Intento relajar los músculos de la frente y miro a mi madre, que tiene los ojos rojos e hinchados de llorar.

—Estoy bien, mamá —consigo decir, pero no sé si me oye, porque justo en ese momento, la figura de Eloísa se cierne sobre ella y la estrecha entre sus brazos. Una vaharada de perfume despierta brumosos recuerdos en algún rincón de mi mente.

—Lo siento tanto, tanto, tanto —dice Eloísa, sorbiéndose la nariz—. Rosalía era una mujer extraordinaria. Apenas puedo creerlo. Justo el lunes me la encontré en el mercado y... —Mientras la escucha, mi madre tiene un gesto tenso en la boca, un gesto con el que trata de contener el llanto.

Aprieto los dientes y comienzo a pensar que, en este preciso instante, también odio a Eloísa y a la llorosa marea de personas que desfila frente a nosotros, despidiéndose y dándonos el pésame. ¿Por qué todos se empeñan en ofrecer a mamá un desglose completo de los últimos movimientos de la abuela? No es lo que necesita. Como dándome la razón, mi madre se echa a llorar y mi padre toma el relevo.

—Gracias, Eloísa —murmura, mientras pasa un brazo protector en torno a su mujer.

Cierro los ojos. Lo que más recuerdo del día en que murió la abuela es la imagen de mamá resbalando por la pa-

red hasta quedar sentada en el suelo, sollozando lenta y pesadamente, y sujetándose el estómago como si acabasen de darle un puñetazo. Nunca la había visto así.

Cuando se enteró de la noticia, mi padre puso una cara muy triste. La misma que tiene ahora, más o menos; aunque yo sé que esa expresión compungida es una pose, la pose que le exige el momento. A ver, no es que mi padre sea un capullo; de hecho, sé muy bien que está preocupado por mamá, pero la muerte de la abuela le da un poco igual. Seamos sinceros: nunca llegó a conocerla bien, entre otras cosas porque no soportaba ir al pueblo.

Ajena a mis reflexiones, Eloísa avanza hasta la siguiente de la fila, es decir, hasta mí, y noto como se me frunce el ceño de nuevo. Mi turno.

—Ay, Lucía, pero cómo has crecido, cielito. —En las distancias cortas, su tufo a perfume es todavía más insoporable. Le tiendo la mano, circunspecta, a ver si consigo que no me envuelva entre sus brazos, pero no sirve de nada—. Estás hecha un verdadero primor, menudo encanto de niña —escucho inmersa en su abrazo de oso.

«Cielito», «primor», «encanto» son palabras que no aguantan. Suenan tan falsas que me dan ganas de vomitar.

Por suerte, Eloísa acaba soltándose, mientras se dirige hacia su siguiente víctima —mi hermano Nacho—, me las apaña para escabullirme y volver sobre mis pasos hasta llegar a la tumba de mi abuela. Cuando por fin estoy frente a ella, tomo una amplia bocanada de aire helado y lo suelto despacito. Miro a mi alrededor. Se está levantando niebla, una niebla tan densa que parece estar hecha con jirones de algodón. Y estoy sola, es un alivio y también un pequeño milagro, porque el entierro ha estado tan concurrido que apenas he podido hacer otra cosa que preguntarme de

dónde ha salido toda esa gente. En serio, me ha parecido un poco raro, porque Rosalía ha vivido sus ochenta y un años de vida en Madrigal de la Sierra, un pueblecito de la sierra de Madrid que, ahora en invierno, debe tener unos... ¿cincuenta habitantes?, ¿sesenta? No más, seguro. En cambio, a su entierro ha venido tantísima gente que algunas personas se han tenido que quedar fuera de los muros del cementerio porque, sencillamente, no cabían.

Suspiro. Bueno, a lo mejor no es tan raro, porque mi abuela era una persona muy especial. Al menos, así la recuerdo yo, aunque, la verdad, durante los últimos seis o siete años apenas la he visto.

Me agacho para ver mejor la lápida. Han puesto una foto de mi abuela Rosalía en algo que parece cerámica. Sale muy guapa, con el pelo blanco recogido en un moño suelto del que escapan algunos rizos que enmarcan su cara en forma de corazón. Vaya, y esto no me lo esperaba: justo debajo de la imagen de mi abuela, hay algo escrito. Aparto varias coronas de flores para ver el texto:

—«Un gran poder, una gran responsabilidad» —leo en voz alta.

—¡Luuuu!

El grito me hace dar un respingo. Parece la voz de mi padre, y rezuma impaciencia. Me giro hacia la salida del cementerio. Sí, es él. Está solo; los demás deben de estar ya camino del coche. Cuando ve que lo miro, hace un gesto con el brazo.

—¡Lu! —vuelve a gritar—. ¡Hija, que es para hoy!

Por cierto, no me he presentado. Me llamo Lucía, aunque todo el mundo me llama Lu. Y este año más que nunca, odio noviembre.

2

Abro la puerta de casa y dejo las llaves sobre la mesita del recibidor. Me estoy quitando el abrigo y la bufanda cuando oigo la voz de mi madre.

—Ha llamado Inés, la del séptimo —dice—, está muy preocupada, la pobre, por lo de la obra.

La voz viene de la cocina. Aguzo el oído y cruzo los dedos. El tema me interesa. Me interesa mucho... A Inés, la vecina de arriba, se le inundó el baño. Al parecer, su hija se dejó un grifo abierto y cuando se quisieron dar cuenta ya era tarde y mi cuarto, que está justo debajo, estaba casi tan pasado por agua como su aseo. Ahora están haciendo obras para reparar su suelo y luego tendrán que arreglar los desperfectos de mi habitación. En fin, que desde entonces estoy compartiendo cuarto con mi hermana Adri.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunta la voz de mi padre.

—Que se les está complicando un poco el tema, con la cercanía de las fiestas navideñas.

—Se veía venir —la interrumpe mi padre, y me lo imagino frunciendo el ceño—, noviembre y diciembre son malos meses para hacer obras.

—La cosa va a ir más lenta de lo que pensaba. Los azulejos no les van a llegar hasta mediados de noviembre —continúa ella— y la empresa que se los instala dice que necesita por lo menos una semana para... —El zumbido del microondas enmascara de pronto la voz de mi madre y me obliga a dar dos sigilosos pasitos para pegar la oreja a la puerta— ... Así que me ha pedido mil disculpas, pero cree que el cuarto de Lu no estará listo hasta después de Navidad.

—¿Qué? —consigo articular, irrumpiendo en la cocina como un obús.

Mi madre se sobresalta.

—Lu, hija, ¡qué susto!

«Para susto el mío, con lo que acabo de oír», quiero decirle.

—¿Tengo que quedarme en el cuarto de Adri hasta después de Navidades? —pregunto, en cambio.

Con disimulo, mis padres intercambian una mirada fugaz y guardan silencio.

—He preguntado que si...

—Te hemos oído, Lu —me interrumpe mi madre—. Y queda menos de lo que parece.

«¡Y una mierda! Queda más de un mes», siento ganas de gritar, pero consigo controlarme. Hablando con toda la lentitud que puedo, digo:

—Dijisteis que iban a ser solo quince días.

Mis padres vuelven a mirarse. Él frunce el ceño y ella emite un ruidito raro, una especie de suspiro martirizado.

—Lu, no montes una escena, que te conozco —me advierte mi padre.

—Cariño, intenta ser comprensiva —interviene mi madre, casi al mismo tiempo—, nosotros no tenemos la culpa de que la hija de Inés se dejase el grifo abierto. Y ella está haciendo lo que puede, te lo aseguro. En un mesecillo de nada vuelves a recuperar tu habitación. No es para tanto, ¿no crees?

Parpadeo, incrédula. Pero... ¿cómo que no es para tanto? La mera afirmación hace que me pregunte si mi madre ha sido abducida por un extraterrestre. Qué digo, ¡un extraterrestre sería capaz de comprenderme mejor...!

—Claro, a vosotros os da igual. —Mi voz suena delgada y tensa, como un hilo a punto de romperse—. Vosotros seguís teniendo vuestra habitación. ¡Todo el mundo aquí tie-

ne una habitación menos yo! Estoy en primero de bachillerato, ¡necesito un sitio donde estudiar y hacer los deberes!

Me dan la espalda al unísono, mi madre para atender la cafetera, mi padre para sacar unas tazas del armario, y me dejan sola con mi furia.

—Y lo tienes —dice mi padre, aún de espaldas—: la habitación de Adri, que ahora es también tu cuarto.

—Pero... ¡también necesito un poco de intimidad!

—Anda, anda, no seas dramática... —Mi madre intenta sonar natural, pero me doy cuenta de que está empezando a incomodarse—. Adri es tan pequeña que es casi como si no estuviera.

Sin duda, mi madre se ha golpeado la cabeza con una viga y ha olvidado cómo es su hija pequeña. No hay otra explicación posible.

—¿Como si no estuviera? —Mi voz sube varios decibelios, ahogando el sonido de mi agitado corazón—. ¿PERO TÚ EN QUÉ MUNDO VIVES? —la increpo, fuera de control—. ¡Por Dios, tiene cuatro años! ¡No puedo hacer nada sin que se me pegue como una lapa! Y... ¡su dormitorio es del tamaño de la jaula de un hámster!

—¡¡LUCÍA, NO ME HABLES EN ESE TONO!! —grita mi madre, más alto que yo.

Mi cerebro me dice que debo intentar calmarme, que tendré más oportunidades si me tranquilizo e intento sonar madura, pero a estas alturas mi enfado es poco menos que apocalíptico. Rezumo ira; casi puedo verla, saliendo de mí como las líneas onduladas que se dibujan en los cómics.

—¡No quiero compartir cuarto con Adriana hasta después de Navidad! —chillo—. ¿Por qué no puede Adri pasarse a vuestro cuarto mientras dura la obra? Sería lo normal, es casi un bebé... O si no, ¿por qué no se pasa al cuarto de Na-

cho, que es mucho más grande? —Mis propuestas se estrellan contra las miradas inexpresivas de mis padres, que me dice bien a las claras que ni siquiera van a considerar estas opciones. Me enfurezco todavía más—. ¿Por qué siempre me toca a mí? ¡No es justo!

Mi madre da un golpe con la mano en la encimera de la cocina y los cubiertos saltan y repiquetean sobre su superficie, haciendo que mi padre y yo demos un respingo.

—¡Seguirás compartiendo cuarto con Adriana y no se hable más!

Se hace un silencio.

—Es lo mejor, cariño —dice mi padre, conciliador. Por alguna razón, esta frase es la puntilla que me hace explotar del todo.

—¡LO MEJOR PARA VOSOTROS, NO PARA MÍ! —grito con todas mis fuerzas. Tras decir esto, los ojos se me cuajan de lágrimas y soy consciente de que me tiembla el labio inferior, así que salgo en estampida de la cocina, entro en el cuarto de Adri, cierro de un portazo y me echo a llorar.

Mierda, mierda, mierda. Es imposible discutir con mis padres. Im-po-si-ble. Tienen la empatía de una medusa y un único objetivo: que veas las cosas como ellos o que, por lo menos, te calles lo que veas diferente.

Respiro hondo intentando tranquilizarme y, por suerte, cuando la puerta de la habitación se abre para dejar paso a Adriana, ya no hay ni rastro de lágrimas en mis ojos. Mi hermana lleva su chándal nuevo de color morado; así, tan redondita y pequeña, parece una uva. Una uvita tierna y reluciente que lleva puestas —acabo de darme cuenta por lo torpe de sus andares— mis zapatillas de estar por casa, unas de elefantitos que me regalaron los reyes el año pasado y que me encantan.

—¿Qué ez una lapa? —dice—. ¿Y por qué no te *guzta* dormir conmigo? —pregunta a continuación, haciendo un puchero.

Vaya, qué mala pata, me ha oído...

—Mmmm... Sí que me gusta, princesa, pero es que este cuarto es muy chiquitito —miento, acariciándole el pelo—. Y quítate mis zapatillas, anda, que te quedan enormes.

Adri se lo piensa un poco.

—Tú también *erez* muy chiquitita —dice, sacando los pies de los elephantitos y subiéndose a la cama conmigo.

Muy a mi pesar, me río entre dientes. Adri siempre está soltando verdades como puños, algo que es genial o detestable, según como se mire. En fin, qué se le va a hacer: mido uno cincuenta y dos. Un horror. Y lo que es peor: si los cuerpos de mi madre y de mi abuela son un indicador de mis genes, estoy condenada a vivir con esta estatura para siempre.

Resoplo. El recuerdo de mi abuela me ha provocado una punzada de nostalgia... Adri parece haberse dado cuenta de mi cambio de humor, porque deja de acusarme y me retira un rizo de la cara.

—Me *guzta* tu pelo —dice—. *Ez* como el de Brave, la *princeza* valiente.

Suspiro. Seguimos con las dichosas verdades. Y acabo de decidir que esta característica de mi hermana es más detestable que genial... Odio mi cabello. Es pelirrojo, rizado e indomable. Resulta imposible pasar desapercibida con él. Y no puedo llevarlo largo porque, efectivamente, parezco Brave. Pero con el cuerpo un poco en forma de pera y... en feo, claro.

—¿*Zabez*? —Mi hermana enrosca uno de mis rizos en su dedito índice y tira de él para acercar mi cara a la suya—. *Dezde* que *duermez* conmigo, no *pazo* miedo por *laz nochez* —me confiesa al oído, en voz baja.

Siento una oleada repentina de amor e instinto protector.

—No tienes que tener miedo a la oscuridad, Adri, te lo he dicho mil veces —digo con suavidad.

Ella me mira, entornando sus redondos ojos azules.

—A ver, ¿ves algo por aquí que dé miedo? —pregunto mientras hago un gesto con la mano derecha para abarcar la habitación.

Mi hermana mira a su alrededor, pensativa, y luego niega con la cabeza.

—Pues por la noche es exactamente igual, tontita. Recuerda: la oscuridad no existe. Lo que tú llamas oscuridad es simplemente la luz apagada.

—Mmmm... —Adri arruga la frente en un gesto de preocupación que le queda muy adulto—. *¿Zeguro?*

—Segurísimo, princesa. —Mientras la achucho, pienso en la discusión con mis padres. Puff... De verdad, no creo que en esta familia haya un hijo favorito, pero no hay duda de que hay una que siempre sale perdiendo... Yo.